

# LAS ISLAS Y LOS OJOS

---

Autor: REYNALDO ROS

---

Desde esta quietud azul  
toda a orillas  
de aguas anchas y andariegas  
del Paraná, atardecidas,  
es bogar, es ir dejando  
al son de lo que uno silba,  
la ciudad  
y la amiga;  
mientras pasan camalotes  
floreciendo a la deriva,  
bogar hasta el verdor quieto  
de las islas.  
¡Bienhaya la fronda islera!  
¡Bienhaya, la tardecita!  
Murmullo de río y sauces  
que embarque la copla mía.  
Hunden su color los cielos  
y arboledas que se inclinan,  
ya al agua sonora y crespa,  
ya al agua callada y lisa.  
Isla adentro,  
donde las garzas atisban,  
en laguna en que un cardumen  
dibuja sus fugas finas,  
son hojizas de irupé  
lo que la piragua esquiva.  
Ya nadando una tucura  
va del catay a la achira,  
si no queda en el bocado  
del pacú que la persiga.

Cuelga al paso una culebra  
que en las ramas, rama en pinta,  
disimulada, entre brotes,  
hacia los pájaros mira.  
Y abandonando las flores  
y la luz rosa y la brisa,  
ya un mainumbí deja el vuelo  
tras la hoja donde anida.  
Ya en la ruta aguas abajo,  
a remada lenta y rítmica,  
cantando bajito traigo  
rápida la navecilla.  
Allá en los ranchos costeros  
una guitarra acarician.  
Y entre salvias olorosas,  
por las sendas doraditas,  
con sus palancas al hombro  
los pescadores desfilan  
seguidos por sus mujeres  
que llevan leña de chilca.  
Ya en lo alto, en las afueras,  
ondula un verdor de quintas.  
Ya una fábrica, entre nubes,  
su nube de humo fabrica.  
Sobre el cromo de las aguas  
y barrancas, sonreída,  
con su crepúsculo al lado  
la ciudad luce a la vista,  
y en ella un color, bienhaya,  
como mis ojos lo estiman.  
No es que busque la ciudad  
con su parque verde arriba,  
ni que mi retorno techen  
frondosas las avenidas;  
ni es verdor en soledad  
donde el musgo afelpe ruinas,  
ni una fiesta de luciérnagas  
que al pie de la noche habría.  
Bienhaya otra cosa bella

que el retorno me enjardina.  
Con murmullo de agua y sauce  
mi verso se da en albricias.  
Y es llegar al caserío  
cuyas terrazas matiza  
el sol yéndose  
y aun más dulces que su ida  
aquí, glaucos,  
reinan los ojos de Mirta.